

CONCLUSION.

Está dicho todo; mas hagamos, para concluir, una importante observacion. Nuestro principal objeto al escribir este opúsculo ha sido la elocuencia sagrada; y podrá parecer extraño por lo mismo, que nos hayamos detenido tanto en la poesía. Pero de intento lo hemos querido hacer así, pues por un privilegio, único al parecer en las prerogativas del genio, el orador sagrado explota directamente para su misión el minero inagotable de sublimidad y belleza que hemos admirado no ha mucho en la incomparable poesía de las Santas Escrituras. Hoi mismo en que todos los géneros de la palabra se invaden á cada paso bajo la libertad de nuestro siglo, no acabaria de hablar, sin atraer sobre sí los silbidos humillantes de las mas numerosas y cultas galerías, el orador de la tribuna política que se propusiese aprovechar la inspiracion de los poetas en favor de su asunto; mas en tanto el ministro del Evangelio rinde ante Dios, por la fuerza de su elocuencia, la inmensa multitud que le escucha, comentando los cantos de David, hablando con la suprema energía de los profetas, y dejando correr con la moral por los átrios de una basílica todos los ecos de la inspiracion y toda la pompa de la mas rica poesía. Por lo demas, tratá- bamos aquí tan solo de presentar la elocuencia sagrada en sus relaciones con la belleza, con el estilo y con la gloria, y en ello hemos llevado la mira de retraer á los jóvenes oradores de esa mendicidad con que suelen ocurrir á las bibliotecas profanas en busca del colorido y la forma, hácia este repertorio inmenso de verdad, de sentimientos, de bellezas, de elevacion, de sublimidad y de estilo, con que les brinda en todos sus géneros la literatura sagrada.

¡Felices nosotros si llegamos á conseguirlo! Nuestros trabajos habrán recibido la mas bella recompensa. Pero si así no fuere, quedamos á lo ménos la conciencia de nuestra intencion, y el haber hecho alguna cosa en favor de la juventud que compone hoi la escuela de los futuros oradores eclesiásticos de nuestro pais.

ARENGAS

COMPUESTAS

POR EL AUTOR,

Y PRONUNCIADAS POR ALGUNOS ALUMNOS

DE LA CATEDRA

DE BELLA LITERATURA.

PRIMERA.

SOBRE LA BELLA LITERATURA.



I para arrebatarse el espíritu hácia la verdad y la virtud, es necesario encantar la imaginacion y dirigirse al sentimiento; si en vano tentáramos estos medios sin emplear los adornos de una elocuencia varonil, ni poner en movimiento las imágenes con que sabe engalanarse la poesía ya bella, ya sublime; ¿qué objeto mas digno de nuestra incesante aplicacion, que aquel arte maravilloso dirigido á formar el buen gusto y á dar preceptos seguros al ingenio?

Despues que el jóven en los estudios de la lengua patria y latina ha recorrido una senda florida, cuyos primores no le han dejado percibir la ligereza de la edad y la imperfeccion inevitable de los primeros conocimientos; cuando acaba de ejercitar en las ciencias filosóficas los procedimientos pausados de un frio raciocinio; y cuando el alma parece haberse despojado ya de esa facultad activa que engendra nuevos seres, ó da á los que ya existen una multitud de nuevas formas; se sorprende, al entrar en el santuario de la literatura, con mil objetos nuevos y maravillosos que inflaman su entusiasmo, trasportan su espíritu, y le arrauca, sin que lo sienta, el primer homenaje de su admiracion. A cada paso corresponde una sorpresa, un encanto nuevo y que siempre renace: se elevan sus ideas, su fantasia se embellece y fecunda, sentimientos nobles y generosos vienen á henchir su corazon.

¿Quién no se siente profundamente conmovido al contem-

plar los prodigios que ha obrado la elocuencia! Si ella alguna vez ha prostituido su elevado carácter hasta ensalzar los vicios mas indignos y divinizar á los opresores de los pueblos; en vez de confundir aquí los prestigios miserables de un retórico con los medios puros que sabe emplear un orador digno de este nombre, admirémos los efectos prodigiosos de la verdadera elocuencia en aquellas circunstancias felices que han protegido su vuelo noble y elevado; en aquellas circunstancias, digo, en que promoviendo libremente el bienestar de la sociedad, que constituye su objeto primitivo, ha hecho callar el grito de las pasiones, combinado mil intereses opuestos y reunido los ánimos en un punto común; en aquellas ocasiones en que inflamando la bravura del soldado, ha conducido los ejércitos á la victoria, desconcertado las conspiraciones mas bien tramadas, y desvanecido los proyectos ambiciosos de los conquistadores.

Pero mientras el orador nos conduce por la fuerza del sentimiento á la verdad y á la virtud, el poeta, sembrando de flores el mismo camino, nos hace llegar no pocas veces á igual término con sus imágenes sensibles y sus cuadros halagüeños. A su voz melodiosa se producen mil encantados prestigios: ya nos introduce en el gabinete de los monarcas, ya nos traslada á la choza del labrador, para hacernos sentir la suavidad con que se desliza como blanda corriente la vida dichosa de los campos. Pulsa con la vara mágica, y las risas nacen, y las gracias vienen á danzar en su torno. También hace correr nuestras lágrimas; ya presentándonos al viejo Priamo tendiendo sus manos al orgulloso vencedor para reclamarle una prenda querida, ya á la hermosa Casandra indignamente conducida del templo de Minerva, atadas sus tiernas manos y levantando al cielo sus ojos con la expresion de la melancolía mas profunda, ó al héroe mas esforzado de la antigua Troya, atado á la carroza del vencedor inhumano, mostrando aquellas heridas que recibió junto á los muros de la patria, sacando largos gemidos de lo mas profundo de su pecho, y exhortando á Eneas á la fuga con voz desparorida. *¡Heu! Fuge, nate dea, teque his, eripe flamis.* ¡Qué de atractivos no ha prestado el cisne de Mántua al amor de la patria, á las afecciones mas dulces, á aquellos sentimientos profundísimos que nunca se expresan, pero que una voz interrumpida basta para trasmitirlos al corazón! Una nueva Troya, un nuevo Simois se ofrecen á la vista del viajero en las comarcas de Epiro. Andrómaca, incapaz de contener mil sentimientos que vienen de tropel á apoderarse de su alma cuando un último adios anuncia la

partida del héroe troyno, prorrumpe en expresiones cortadas que manifiestan su dolor. ¡Desdichado de aquel que no sienta todo el encanto, toda la ternura de estos versos de Virgilio!

.....Cape dona extrema tuorum,
 ¡O mibi sola mei super Astyanactis imago!
 ¡Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat!

No nos admiremos pues de que el cetro de oro ceda al laurel del poeta. El recuerdo de Homero conmueve mas que el valor de Aquiles al hijo de Filipo; y cuando vemos al mas grande conquistador envidiando la suerte del héroe griego, no por su gloria en los combates, sino por haber cantado sus hazañas el primero de los poetas, creemos fácilmente que hubiera cambiado la dominacion del mundo por la conquista del genio.

Pero señores, mi pequeño discurso jamas podrá elevarse á la altura necesaria para hablar dignamente de la elocuencia y de la poesía; y no la voz débil de un jóven que se ha iniciado apenas en este género de estudios, sino las reflexiones de cualquiera orador, están ya prevenidas por el gusto de los literatos que me escuchan; y si habéis sentido plenamente vosotros la necesidad de cultivarlos, lo debéis sin duda, ménos á los elogios que de ellos se han hecho, que á la lectura de los hombres insignes que los han merecido.

Demóstenes y Tulio, Homero y Virgilio en la ilustre antigüedad; Bossuet y Massillon, Fenelon y Racine en el mas bello siglo de la Francia; el dulce Garcilaso, el sublime Herrera, el cultísimo Rioja, el tierno y delicado Melendez, honor esclarecido de la literatura española, os han inspirado ese entusiasmo que veo brillar en los ojos de esta reunion escogida. Sí: no temo afirmarlo: el anuncio de que estos genios deben ser evocados en este lugar, os han juntado en él para saborear de nuevo las dulzuras inefables que habéis gustado mil veces en la lectura de sus obras; y ellos mismos extenderán vuestro interes al ensayo imperfectísimo que hoy tengo el honor de sujetar á vuestro juicio, satisfecho de que en nuestros trabajos buscáis, no las producciones acabadas de un ingenio maduro, sino los esfuerzos de una juventud que reune títulos bastantes para aspirar á vuestra benevolencia, con solo haber obedecido á la voz de sus maestros.